

UNA EXPERIENCIA DE EVALUACION COMUNITARIA

por Nicholas RIEMAN S.J.

Un buen número de CVX ha tomado la costumbre de terminar sus reuniones o sus sesiones con una evaluación comunitaria. Así que nos ha parecido que la experiencia hecha a este propósito por el Consejo Ejecutivo de la Federación Mundial podría interesar. De aquí este artículo. Brevemente se expondrá en él en sus líneas principales la evaluación comunitaria que el Consejo hizo al fin de la reunión de enero de 1974 (3-5).

Después que un primer tiempo haya situado nuestra experiencia en el contexto del sentido comunitario que se va desarrollando cada vez más en el seno del Consejo, trataré de sacar de ahí indicaciones útiles para toda evaluación de este género.

Sentido comunitario cada vez más vivo

Andando los años, el Consejo vino a conocer que, si quería ser eficaz en el servicio de la comunidad mundial que son las CVX, era necesario que él mismo y con profundidad se convirtiese en una verdadera comunidad cristiana. Una auténtica comunidad, cuyos miembros condividen profundamente las esperanzas y los cuidados mutuos relativos a las CVX. Más aún, una Comunidad de Vida Cristiana, es decir con actitudes y acercamientos CVX elaborados y vividos en las reuniones mismas.

El estilo de vida CVX siempre se ha presupuesto en nuestras sesiones. Sin embargo sólo paulatinamente se introdujo en la estructura de nuestras dos reuniones anuales de 3 ó más días cada una. Así tendríamos tiempo para proceder a una evaluación individual (examen de conciencia). O también, para una evaluación de la reunión en cuanto tal, que podría hacerse en el marco de una oración participada. Luego, sirviéndonos de la rica experiencia de uno u otro miembro del Consejo en las reuniones nacionales o locales o en los grupos de trabajo, comenzamos a practicar con más

regularidad las evaluaciones de reunión y nuestras experiencias sucesivas nos han revelado su gran valor.

Esta línea de conducta formó parte de cierto progreso general para mejor integrar "lo espiritual" y "la actividad" o el trabajo que se había de hacer. Para este fin habíamos adoptado la costumbre de hacer una "coparticipación de meditación" antes del desayuno: comunicábamos entonces entre nosotros el fruto recogido en nuestra oración matinal, orientada por puntos muy breves, que a veces no eran sino las lecturas litúrgicas de la víspera o de la tarde. Este progreso se manifestó también en nuestras liturgias, cuyos temas, preparación e intenciones estuvieron más directamente relacionados con el contenido y los temas de la reunión.

Sin duda alguna esta línea de conducta se debió en buena parte también a los Ejercicios Espirituales que los miembros del Consejo hicieron juntos, individualmente guiados, durante una semana entera precisamente antes de la reunión de enero de 1973. Una visión común más neta, un sentimiento de solidaridad más agudo y un aprecio mayor del discernimiento resultaron de ellos y fueron ciertamente un riguroso estímulo para que en nuestras reuniones siguiésemos empleando la evaluación comunitaria. El Curso de Formación dado en Roma y la Asamblea de Augsburg vinieron a reforzar nuestra orientación. Desde entonces toda reunión del Consejo Ejecutivo termina con la evaluación comunitaria de la sesión.

Evaluación de nuestra reunión de enero de 1974

Nuestra asamblea de enero de 1974, en la que ocho de nosotros tomaron parte, procedió también a una evaluación comunitaria. La última media hora, o algo así, del tercer día de la reunión se reservó para el examen del contenido y del método de nuestro trabajo durante los 3 días. Ciertamente, estábamos todos cansados, pero sabíamos por las experiencias hechas que, bien practicado, este ejercicio no sólo da preciosas indicaciones para mejorar los siguientes trabajos, sino que puede constituir en sí una experiencia muy valiosa de audiovisión comunitaria profunda. Para comenzar dedicamos unos 10 minutos a reflexionar en silencio sobre la sesión, en los que algunos tomaron notas. Luego cada uno por turno participaba sus reflexiones, diciendo lo que

a juicio suyo había sido excelente y útil y lo que le parecía menos acertado y debería mejorarse.

Uno de los miembros vió en el árduo trabajo del grupo, su paciencia y su abnegación, factor muy positivo; pero tenía el sentimiento de que algunos temas hubieran podido estar de antemano mejor preparados, y citó uno o dos de ellos. Otro estaba muy satisfecho por el clima de búsqueda concienzosa que hiciese de algún modo sensible la presencia del Espíritu; tuvo el sentimiento, dijo, que en la asamblea prevalecía una atmósfera de verdadera alegría cristiana; sin embargo, le parecía que algunos temas se hubieran podido tratar con más rapidez. Un tercero hizo valer que el Consejo había llegado a tomar decisiones valientes y prudentes; en cuanto a la crítica, estimaba que la "conducta" de las diversas sesiones (asegurada por uno u otro de los miembros del Consejo, por indicación del Presidente) variaba en calidad y en estilo y que se detenía demasiado sobre el primer tema de la orden del día. Dos o tres miembros realzaron (pero todos habíamos tenido el mismo sentimiento) el hecho de que uno de los nuestros se impuso el participar en todas las reuniones a pesar del mal de espalda que le obligaba a estar acostado, había sido para todos una fuente de inspiración. Uno o dos opinaron que algunas decisiones se habían tomado con demasiada prisa sin haber pesado suficientemente el pro y el contra. Etc, etc... Estos pocos ejemplos declaran suficientemente el ambiente del intercambio.

Como a menudo sucede, algunos puntos fueron mencionados por varias personas. Todos los participantes estuvieron unánimes en reconocer que todas las sesiones se habían desarrollado en un excelente espíritu. Aunque el trabajo se imponía con exigencia, reinaba cierta alegría de corazón. Problemas áridos u orden del día recargado, nada la menoscabó. A muchos les pareció positivo que esta reunión de enero de 1974 haya estado, más que las precedentes, centrada en el servicio apostólico y la misión de las CVX y casi todos estuvieron de acuerdo en que el debate a pecho descubierto de una tarde sobre los recientes acontecimientos internacionales había sido un paso adelante. Por otra parte, tres o cuatro de entre nosotros sugirieron dos mejoras específicas: que la Eucaristía se integre mejor en la asamblea y se prevea mejor su celebración; que en las futuras asambleas se incluya un tiempo específico durante el

cual los participantes puedan examinar entre sí sus problemas personales y demás preocupaciones.

Como fin de esta evaluación comunitaria, una breve oración, o más exactamente un canto, la Salve Regina.

Indicaciones pedagógicas útiles

La práctica de las evaluaciones comunitarias tal cual ha sido hasta aquí descrita, ya en las reuniones del Consejo Ejecutivo, ya en otras reuniones CVX, nos ha enseñado evidentemente algo de la pedagogía que éstas requieren. Estos son los puntos que me parecen más importantes para su preparación y su desarrollo:

1) Toda reunión o sesión que dure algunas horas es interesante que termine con una evaluación comunitaria, en particular, si se proyectan otras reuniones del mismo género o del mismo grupo.

2) Si los participantes de una reunión son 3 ó 4 y no más de 15, el método ideal de evaluación es la tabla redonda de escucha. Tras un tiempo de reflexión cada uno, por turno, emuncia con brevedad y sencillez lo que a juicio suyo ha estado particularmente bien en la reunión y lo que convendría mejorar. Las evaluaciones hechas sólo por escrito (esto puede ser necesario o aconsejable cuando se trata de una sesión larga en la que los participantes de la evaluación son numerosos) no crea el profundo sentimiento de unidad que la evaluación oral puede dar.

3) La evaluación debe ser uno de los puntos del programa de la reunión y ver que se le atribuya tiempo suficiente. Si el grupo es restringido (4 ó 5 participantes) y la reunión sólo ha durado media jornada o a lo más un día, 15 minutos deben bastar para la evaluación. Si se trata de una sesión de varios días, habría que prever media hora; y si los participantes son bastante numerosos (por ejemplo, 10 ó 12), tal vez más. De todos modos, es un tiempo bien empleado.

4) Parte esencial de la evaluación es el tiempo de silencio con que comienza este ejercicio: como mínimo 10 minutos para las sesiones más largas. Es un tiempo de reflexión personal antes del intercambio de los comentarios. Omitirlo sería abocarse a una apreciación superficial y dema-

siado "cerebral", que no reflejaría ya el discernimiento evangélico. En efecto, la buena evaluación pide que se comunique no sólo lo que viene a la cabeza, sino la luz recibida de las mociones espirituales que en mí se han producido durante las sesiones o en el momento en que sobre ellas reflexiono.

5) Mientras la caridad y una extrema delicadeza son de regla, la sinceridad debe acompañarlas. Cada uno debe decir lo que piensa, o mejor, lo que siente. Esta honradez es más fácil en una atmósfera de recogimiento. En un grupo ya avanzado en su intento de convertirse en verdadera comunidad, el grado de franqueza (en perfecta caridad) alcanzado en las evaluaciones es a veces estupefaciente.

6) La evaluación termina con una breve oración, preferentemente informal. Esta puede ser, por ejemplo, el rezo del Padrenuestro, juntamente y con las manos unidas en señal de unión fraterna.

7) La evaluación resulta mejor cuando toda la reunión se sitúa en un clima de oración y de recogimiento. A formar ese clima ayudarán las liturgias expresivas, encaminadas a orientar las sesiones con lecturas de la Escritura apropiadas, o una condisión de oración, un orden del día no demasiado febril. Cierta atmósfera de apertura, junto con el deseo de los participantes y su costumbre de compartir entre sí sus impresiones espirituales, ayudarán incontestablemente.

De las evaluaciones comunitarias, en que terminan nuestras reuniones, el Consejo Ejecutivo ha deducido finalmente que son una preciosa ayuda, ya para hacer más eficaces nuestras futuras asambleas, ya para forjar un lazo más estrecho entre los miembros. Ahora bien, este lazo es importante. Tal vez hasta es el factor esencial si queremos cumplir nuestra tarea en toda conciencia. ¿Es algo sorprendente? Sumado todo, ya San Ignacio tenía costumbre de decir que establecer desde luego un plan, y luego volver a ver o examinar después de la ejecución, son las dos reglas más seguras para el éxito de toda empresa humana. Son efectivamente la expresión de este discernimiento ignaciano, que en todo acontecimiento o circunstancia busca la mayor gloria de Dios y sabemos que en concreto la búsqueda de la mayor gloria de Dios se identifica con el mayor servicio de los demás.